

TRADUCCIÓN

LA DUMA DE WAD HAMID DE AT-TAYYIB SALIH

LA NARRATIVA EN SUDÁN es un género de reciente aparición (finales de la década de 1940) y se vincula directa e íntimamente con la estructura económica, social y cultural dominante, de raíces árabes e islámicas.¹ De tendencia prioritariamente realista y de clara preocupación social, dicha narrativa se relacionó en su temática con los problemas y situaciones acarreados por el proyecto independentista en primer lugar, y más tarde por la emancipación del poder colonial y la inserción del país en el contexto internacional: la búsqueda de la identidad nacional, la lucha contra el imperialismo, la necesidad de la participación política, el surgimiento de los partidos, el papel de la izquierda, el papel de la mujer, entre otros. Pero, por sobre todos ellos, y haciéndose eco de un tema crucial para toda la literatura árabe, el papel de una nación que, como unidad cohesionada, debía hacer frente no ya a la ocupación colonial sino al desafío de la penetración cultural de Occidente.²

El tema de la aculturación, del conflicto entre los valores del Islam y los valores occidentales, representa en realidad una constante no sólo de la literatura³ sino también del pen-

¹ No debemos olvidar que, si bien desde el punto de vista de su composición étnica, Sudán es mayoritariamente negro, el país se arabizó e islamizó profundamente, fenómeno casi único en el África negra.

El proyecto de emancipación nacional de Sudán se forjó en torno a la idea de un estado árabe-islámico, ignorando e incluso enfrentando las aspiraciones de la región del sur, estrechamente ligada al África negra, tanto étnica como civilizatoriamente.

² Al respecto, véase Sayyid Hámid an-Nassāy: *Bánūrāmā ar-Riwayati— l-Arabiyyati-l-Hadithati-Dār al-Ma'arif*, El Cairo, 1980.

³ Véase, por ejemplo, el artículo del doctor Salih Altona, "Westernization and Islam in Modern Arabic Fiction" (*Yearbook of Comparative and General Literature*, 1971), en el que se analiza un conjunto de obras narrativas árabes a la luz de esta oposición "Islam-Occidente".

samiento y de la reflexión islámicos tanto de orden religioso como secular. Y, si bien a lo largo de los últimos cien años han proliferado las definiciones, ya sea individuales, ya sea colectivas (con sus tres respuestas: antioccidentalismo, antiislamismo, convivencia entre ambos modelos de pensamiento), la cuestión, aún no zanjada a nivel pragmático, sigue a la espera de una solución que pueda considerarse válida y eficazmente movilizadora.

El sudanés at-Tayyib Salih es básicamente un novelista. Nacido en 1929 y formado en Inglaterra, hizo sus primeras incursiones en la narrativa a fines de la década de 1950 con una serie de cuentos publicados en diferentes revistas libanesas (posteriormente reunidos en la antología *La duma de Wad Hamid y otros cuentos*) a los que siguieron sus cuatro novelas: *Las bodas de Zain*, *Tiempo de emigrar al norte*, *Bandarshab* y *Mariud*. Las mismas constituyen un ciclo narrativo unitario, la saga de la aldea de Wad Hamid. Cada una de ellas escalona las distintas etapas en la evolución de la estructura económica, social y cultural de un típico pueblo árabe a orillas del Nilo. Desde los tiempos idílicos de *Las bodas de Zain* —un relato colorido y un armonioso reflejo de la cohesión social tradicional—, pasando por el primer quiebre estructural causado por la introducción de un elemento extraño a la comunidad —Mustafa Said, el hombre que ha vivido en Occidente y que, aunque reintegrado a su mundo originario, hace nacer en la aldea las primeras expresiones de violencia y muerte (*Tiempo de emigrar al norte*)— hasta el derrumbe final en *Mariud* —vocero de las nuevas generaciones y encarnación de las ideas de desarrollo y progreso material.

La duma de Wad Hamid, uno de los intentos narrativos tempranos de Salih, es una primera aproximación al *leitmotiv* que ampliará y tematizará en su producción posterior, pero que anuncia ya la inevitabilidad del desenlace.

A través de la charla de un campesino sin nombre, con su falta de continuidad aparente, sus vericuetos expresivos, con sus comentarios al margen y sus desviaciones del tema central, se va completando la crónica y la definición del personaje principal: la aldea de Wad Hamid.

La aldea es un mundo circular cerrado, el demarcado por

la sombra de la duma.⁴ La duma es su eje y su razón de ser. Sin ella, la aldea dejaría de existir. Cortar la duma y destruir el mausoleo implica la destrucción de un modo de vida y un universo espiritual. Instalar la bomba de agua y construir la parada de los barcos implica abrir la vía del progreso material. No por obvios, los símbolos dejan de tener su efecto: una vez más, valores espirituales *versus* valores materiales, una vez más Islam contra Occidente.

Cortar la duma y destruir el mausoleo proponen una desacralización del mundo, apuntan a un modo secular de interpretar la realidad propia del Occidente, que olvida que el Islam no sólo es una religión y una forma de vida sino también una vía cognoscitiva hacia lo Uno.

Con la ironía típica de los campesinos, con sus percepciones sin prejuicios, el que habla nos dice que hay lugar para todo: duma, mausoleo, bomba de agua y parada. Pero también con fatalismo práctico concluye que cuando regresen los que han ido a estudiar a la ciudad⁵ —baluarte de la educa-

⁴ El perímetro trazado por la sombra de la duma propone una compartimentación del espacio horizontal: la aldea amurallada, protegida por la duma y el santo, se sitúa dentro de un espacio más amplio que fluctúa hacia la desacralización y que se vive como presencia de acoso. El derrumbe de las murallas de sombra y el quiebre del universo sagrado implican una reordenación del espacio que en adelante devendrá "abierto y lleno de latencias múltiples e inquietantes" que amenazan los sentimientos de seguridad material y afectiva y proyectan al conjunto social dentro de un nuevo tiempo histórico. Por lo demás, esta idea del espacio cerrado y protegido "se encuentra ligada a la idea de un tiempo parcelado en una porción sagrada (el tiempo fuerte) y una porción fáctica (los días de Dios) que articulan sus ritmos en lo cotidiano". Respecto de los procesos de simbolización del tiempo y del espacio en la cultura islámica, véase Muhammad Aziza, *L'image et l'Islam*, Albin Michel, París, 1978.

⁵ La oposición Islam-Occidente es la primera o más abarcadora de las oposiciones que se articulan en el cuento. De ella se desgajan las dicotomías campo-ciudad (naturaleza como signo [ayat] de Dios *vs.* creación artificial y encubridora del ser humano) y educación islámica-educación occidental (percepción cualitativa y trascendente *vs.* percepción cuantitativa y no-trascendente de la realidad). En los primeros términos de las mismas se resume el principio rector de la tradición intelectual islámica, presente ya en el Corán y exaltado por la gnosis sufi. En este sentido cabe recordar que el doctor 'Ali Shukri, al referirse a la obra de Salih, la calificó como una expresión de sufismo de avanzada, acotando: *el escritor mira a los seres vivos y a las cosas con una mirada penetrante, en la creencia de que detrás de las cosas que observamos hay otras cosas y que el modo de interactuar con ellas fluctúa entre expresar con medios materiales e influir con la fuerza del espíritu en ese mundo oculto que penetra nuestro universo y que a veces termina por someterlo...* Citado en Yusuf Nur' aud: at-Tayyib Salih fi manduri-n-naqdi-l-bunyawiyyi. Maktaba-l' ilm, Jeddah, 1983.

ción occidentalizada— se producirá la ruptura final, fruto de la irreductibilidad de un pensamiento que desdeña la búsqueda de los sentidos trascendentales.

ADRIANA SANGUINETTI

LA DUMA DE WAD HAMID

Si llegaras a nuestro pueblo como turista, lo más probable, hijo mío, es que no permanecerías mucho tiempo en él. Si vienes en invierno, en la época de polinización de las palmeras, verás una nube oscura que se cierne sobre la aldea. No es polvo, hijo mío, ni la niebla que se levanta después de la caída de la lluvia. Es un batallón cerrado de moscas de arena que está al acecho de nuestros visitantes. Quizás conozcas ya esa plaga. Pero esta especie, te juro que jamás la has visto. Toma esta red de tul y pónstela en la cabeza. No te librarás de esos demonios, pero te ayudará a soportarlos. Recuerdo a un amigo de mi hijo, un compañero de la escuela. Lo invitamos a quedarse un tiempo con nosotros. Hace un año, para esta misma época. Su familia es de la ciudad. Pasó con nosotros una noche y se despertó con la cara hinchada, afiebrado y con catarro. Juró no quedarse aquí ni una noche más.

Si vienes en verano, te encontrarás con las moscas del ganado —unas moscas enormes como borregos, como lees decimos entre nosotros. Y comparadas con ellas, las de arena son mil veces más benignas. Éstas, hijo, son moscas con experiencia; pican, muerden, silban y zumban. Tienen un gran amor por los humanos. En cuanto te sienten el olor, se te prenden y no te sueltan. Espántalas, hijo mío. ¡Dios las maldiga! Y si vienes en una época que no sea invierno ni verano, no encontrarás nada. Tú, hijo mío, seguramente lees el diario todos los días; escuchas las noticias, vas al cine una o dos veces por semana. Si te enfermas, tienes derecho a que te atiendan en el hospital y, si tienes un hijo, puede estudiar en una escuela.

Yo sé, hijo mío, que detestas las calles oscuras, que te gusta ver la luz eléctrica brillando por la noche. Sé que no eres muy afecto a caminar y que, si montas en burro, te quedan magulladas las asentaderas. Ah, ojalá, hijo mío, ojalá tuviéramos las calles asfaltadas de las ciudades, los medios de transporte moderno, los coches cómodos y vistosos. Nosotros no tenemos nada de eso. Somos un pueblo dejado de la mano de Dios.

Mañana dejarás la aldea, estoy seguro. Y haces bien. ¿Qué tienes tú que ver con tanta penuria? Nosotros somos gente de piel gruesa, no como la mayoría de la gente. Nos hemos acostumbrado a esta vida dura. Incluso la amamos, pero no le pedimos a nadie que se someta a sus dificultades. Mañana partirás, hijo mío, lo sé. Pero antes de marcharte, déjame mostrarte una sola cosa. Puede decirse que estamos orgullosos de ella. Ustedes en la ciudad tienen museos, lugares donde se conserva la historia del lugar, las glorias de los antepasados. Lo que quiero mostrarte podría decirse que es un museo. Esa única cosa es la que insistimos en que vean nuestros visitantes.

Una vez nos llegó un predicador. El gobierno lo envió para que pasara un mes con nosotros. Nos cayó en una época en que nunca antes se habían visto moscas tan gordas. El primer día se le hinchó la cara al hombre. Pero tuvo paciencia y la segunda noche se nos unió para la plegaria. Después de la oración hablamos sobre las delicias de la vida primitiva. Al tercer día, lo asaltó la malaria, atrapó una disentería y los ojos se le inflamaron por completo. Esa misma tarde lo visité. Lo encontré postrado en la cama. A la cabecera tenía un muchacho que le espantaba las moscas. Le dije:

—Shaij, en este pueblo no tenemos nada que mostrarte, pero me gustaría que vieras la duma de Wad Hamid.

No me preguntó qué era la duma de Wad Hamid. Es probable que hubiera oído hablar de ella, pues ¿quién no lo ha hecho? Alzó hacia mí una cara igual al pulmón de una vaca muerta y, como te decía, tenía los ojos completamente cerrados. Pero yo sabía que detrás de sus párpados había un dejo de amargura. Me dijo:

—Te juro que aunque tu duma fuera la duma de Yandal y vosotros los musulmanes que lucharon con Ali y Muawiya y

yo fuera vuestro juez y en mis manos estuviera vuestro destino, no me movería una pulgada de este lugar.

Escupió la tierra como insultándome y me volvió la espalda. Después supimos que despachó un telegrama a quienes lo habían enviado, diciéndoles: "Las moscas del ganado me devoraron el cuello, la malaria clavó sus dientes en mis entrañas. Ayudadme y que Dios os bendiga. Esta gente no me necesita, ni a mí ni a ningún otro predicador." El hombre se marchó y el gobierno ya no envió a nadie más. Pero te juro, hijo mío, que nuestra aldea ha visto hombres de gran prestigio y de nombres rimbombantes. Vinieron, te lo juro, y en multitudes.

Ya hemos llegado. . . Ten paciencia, hijo mío. En una hora soplará la brisa del atardecer y se calmará la voracidad de esta plaga.

Aquí está. La duma de Wad Hamid. Mírala cómo yergue su cabeza hacia el cielo. Mira cómo sus raíces se hunden en la tierra. Mira su tronco, firme, robusto como una mujer lozana, y las hojas, allá arriba, como las crines de un potro desbocado. Cuando el sol se inclina después del mediodía, la duma arroja su sombra desde lo alto de esta colina a través del río y cobija a los que están sentados en la otra orilla. Y cuando el sol se alza al amanecer, su sombra se tiende sobre los sembrados y las casas hasta alcanzar el cementerio. Parece un águila legendaria con las alas desplegadas sobre el pueblo y todo lo que hay en él. Una vez el gobierno decidió cortarla. Querían organizar un proyecto agrícola. Decían que donde está la duma era el mejor sitio para instalar la bomba de agua. La gente de esta aldea, como ves, está ocupada en sus cosas. No recuerdo que jamás se hayan rebelado por nada. Pero cuando oyeron ese asunto de la duma, del primero al último, se levantaron como un solo hombre y le hicieron frente al inspector. Eso fue en tiempos del gobierno extranjero. También las moscas los ayudaron, las moscas del ganado. A gritos le dijeron que si cortaban la duma lucharíamos contra el gobierno aunque tuvieran que matarnos a todos. Las moscas hicieron su parte con la cara del hombre. Los papeles se le cayeron al agua y se le oyó gritar:

—¡Basta! ¡Quedaos con la duma, se acabó el proyecto!

Y la bomba de agua no llegó y no llegó el proyecto. Pero nos quedó la duma.

Vamos a casa, hijo mío. Ésta no es hora de conversar al aire libre. Es poco antes del ocaso, la hora en que el ejército de moscas se vuelve más activo antes de irse a dormir. Sólo los que han vivido largo tiempo con ellas, los de piel curtida como la nuestra, pueden soportar sus mordeduras. Mírala, hijo mío. Mira la duma, orgullosa, altanera, arrogante como... como un ídolo antiguo. Desde cualquier lugar de la aldea alcanzarás a verla. Se la puede ver de aquí a cuatro pueblos.

Nos dejarás mañana, no me cabe duda. Las huellas de nuestra pequeña gira se te ven ya sobre la cara, el cuello y las manos. Pero, antes de que te vayas, te terminaré el cuento de la duma, la duma de Wad Hamid.

¿Preguntas quién la plantó?

Nadie la plantó, hijo mío. ¿Acaso la tierra en que crece es tierra de siembra? No ves que es rocosa y que se eleva claramente sobre la orilla del río como si fuera el pedestal de una estatua. El río zigzaguea a sus pies como la serpiente sagrada de los antiguos egipcios. No, hijo mío, nadie la plantó. Bebe el té, hijo. Lo necesitas después de la prueba a la que te has expuesto. Lo más probable es que haya nacido sola, pero nadie recuerda haberla visto más grande o más pequeña que lo que es ahora. Nuestros padres abrieron los ojos y la encontraron, tendida ya sobre el pueblo. Cuando los recuerdos de la niñez nos llevan hacia atrás, hasta ese punto más allá del cual no se recuerda nada, encontramos una gigantesca duma erguida sobre el borde de nuestras mentes. Todo lo que viene después es un misterio, como el límite entre el día y la noche. Como esa luz pálida que no es la aurora pero precede su despertar. ¿Puedes seguir lo que te voy diciendo? ¿Te das cuenta de lo que siento muy dentro pero no puedo expresar con palabras? Cada generación que llega, encuentra la duma; como si hubiera nacido con ella y hubiera de morir con ella. Siéntate entre la gente del pueblo. Escúchalos contar sus sueños. Un hombre se despierta y le cuenta a su vecino que se encontró en una llanura extensa, de arena blanca como la plata. Caminaba en ella y sus pies se hundían y sólo con dificultad lo graba sacarlos. Caminaba y caminaba hasta que el hambre y

la sed lo vencían. La arena no tenía límites. Subía a una colina y al llegar a la cima, veía un espeso bosque de palmeras y, en el centro, una duma, una duma alta. Comparada con el resto, era como un camello entre un rebaño de cabras. El hombre bajaba de la colina y parecía que la llanura se había empequeñecido. Daba un paso y otro y otro y de repente se encontraba bajo la duma de Wad Hamid. Hallaba un cuenco con leche espumosa, como si la hubieran ordeñado para él en ese preciso instante. Y bebía hasta hartarse pero el cuenco seguía lleno. Su vecino le dice:

—Anuncia el alivio después de la fatiga. .

Y oirás a una de las mujeres contarle a su amiga:

—Era como si estuviera en una barca, navegando por un estrecho en el mar. Si extendía las manos, tocaba la playa de los dos lados. Me veía en lo alto de una tormentosa ola que me levantaba hasta casi rozar las nubes y luego me arrojaba a un abismo profundo y oscuro. Tuve miedo y quise gritar pero parecía que la voz se me había secado en la garganta. De repente veo que la corriente de agua se ensancha un poco. Miro y sobre las dos orillas se alzan unos árboles negros, sin hojas, con espinas punzantes como los picos de los halcones. Veo las orillas que me cierran el paso y los árboles que se me vienen encima. El miedo se apoderó de mí y grité lo más alto que pude: ¡Wad Hamid! y entonces vi un hombre de cara radiante, con una espesa barba blanca que le cubría el pecho, con ropas de un blanco resplandeciente y un rosario de coral en las manos. Me puso una mano en la frente y me dijo: “no temas”. Me tranquilicé y miré. Las orillas se habían alejado y el agua corría tranquila. Miré a mi derecha y contemplé los campos cultivados, el trigo maduro, las acequias que giraban y las vacas paciendo. Y sobre la otra orilla, la duma de Wad Hamid. La barca se detuvo bajo la duma. El hombre bajó antes que yo, ató la barca y me tendió la mano para que descendiera. Luego me golpeó el hombro con el rosario, delicadamente. Recogió del suelo una semilla y me la puso en la mano. Me volví y ya no lo encontré.

Y su amiga le dice:

—Ése era Wad Hamid. Enfermarás de muerte. Pero sanarás. Debes ir a honrar a Wad Hamid bajo la duma.

Y así siempre, hijo mío. No hay hombre o mujer, anciano o niño, que no sueñe por las noches y no vea a Wad Hamid en algún lugar de su sueño.

¿Me preguntas por qué se llama la duma de Wad Hamid? Paciencia, hijo mío. Toma otro vaso de té.

En los primeros tiempos de la independencia, vino un empleado y nos dijo que el gobierno tenía intención de construirnos una parada para el vapor. Nos dijo que el gobierno nacional quería contribuir a nuestro desarrollo. Estaba entusiasmado y la cara le brillaba al hablar. Miró las caras de los que lo rodeaban y observó que nadie decía nada. Nosotros, hijo, no viajamos mucho. Pero si queremos viajar por algún asunto, para registrar una tierra o por un caso de divorcio, montamos en burro toda la mañana y tomamos el vapor en la parada del pueblo vecino. Estamos habituados a eso, hijo mío. Incluso por esa razón criamos los burros. No te extrañe, pues, que el empleado no viera en las caras de la gente ninguna señal de que estaban contentos con la noticia. Se enfrió el entusiasmo del empleado; se quedó desconcertado y empezó a tartamudear. Después de unos instantes de silencio, alguien preguntó:

—¿Dónde van a construir la parada?

Y el empleado nos respondió que no veía lugar más apropiado que junto a la duma. Y si en ese momento hubieran venido con una mujer y la hubieran puesto entre esos hombres desnuda como la parió su madre, no los hubieran sorprendido más que los sorprendió esa frase. Inmediatamente alguien le dijo al empleado:

—El vapor, por lo general, pasa los miércoles. Si construyen allí la parada, el vapor se detendrá el día miércoles por la tarde.

El empleado le contestó que la hora fijada para la detención del barco era las cuatro de la tarde de ese preciso día. Y el hombre le respondió:

—Pero ésa es la hora en que visitamos el mausoleo de Wad Hamid junto a la duma. Llevamos a nuestras mujeres e hijos y sacrificamos allí nuestras ofrendas. Así lo hacemos todas las semanas.

El empleado dijo sonriendo:

—Entonces tendrán que cambiar el día de visita.

Y si en ese momento el empleado les hubiera dicho “sois todos unos hijos de perra”, no se hubieran enojado como lo hicieron con esas palabras. Se alzaron como un solo hombre, lo agarraron y casi lo hacen pedazos. Pero yo intervine y se los saqué de las manos. Lo monté en un burro y le dije: “sálvate como puedas”. De manera que el vapor pasa de largo sin detenerse en nuestro pueblo. Y si nos vemos obligados a viajar por algún asunto, montamos en burro toda una mañana y tomamos el vapor en el pueblo vecino. Pero salimos ganando en que visitamos el mausoleo de Wad Hamid con miembras mujeres y niños y hacemos nuestras ofrendas todos los miércoles, tal como lo hacían nuestros padres y, antes que ellos, los padres de nuestros padres.

Espérame, hijo, que rece la plegaria de la tarde. Dicen que el ocaso es extraño; si no lo alcanzas en su momento, se te escapa. “*Los piadosos siervos de Dios. Doy fe que no hay más Dios que Dios. Doy fe que Muhammad es su siervo y su profeta. La paz de Dios y su misericordia sea con vosotros.*”

Ay, ay. Esta espalda me duele desde hace una semana. ¿Qué piensas, hijo mío? Ya sé que es la vejez. ¡Ah, la juventud! Cuando era joven, me comía medio cordero en el desayuno, y en la cena me tomaba la leche de cinco vacas. Podía levantar un saco de dátiles con una sola mano. Miente quien dice que peleaba y me vencían. Me llamaban el cocodrilo. Una vez crucé el Nilo empujando con el pecho una barca cargada de trigo hasta la orilla. ¡Y de noche! Del otro lado los hombres estaban en las norias y cuando me vieron empujando la barca hacia ellos, arrojaron las ropas. Se asustaron y salieron corriendo. Les grité: “Eh, gente. ¿Qué os pasa? ¿No tenéis vergüenza? ¿No me conocéis? Soy el cocodrilo. ¡Por Dios! ¡Hasta los demonios se espantarían de vuestras horribles caras!”

¿Me preguntas, hijo mío, qué hacemos cuando nos enfermamos?

Me río porque sé lo que te da vueltas por la cabeza. Vosotros en la ciudad corréis al hospital por el menor motivo. Si uno de vosotros se lastima un dedo, corre al médico que le hace un vendaje y se lo cuelga del cuello una semana. Y a pe-

sar de eso no se le cura. Una vez estaba yo trabajando en el campo y algo me mordió el dedo, el meñique. Me puse de pie y empecé a buscar entre el pasto. Tenía que ser una serpiente. Te juro que era larga como mi brazo. Le agarré la cabeza y la ahogué entre los dedos. Luego me mordí el meñique y me chupé la sangre. Después tomé un puñado de barro y me lo cubrí con él.

Sin embargo, ése es un caso sin mayor importancia. ¿Qué hacemos en los casos graves? Una vecina nuestra. Una vez se le hinchó la garganta y tuvo que quedarse dos meses en cama. Una noche le subió la fiebre. De madrugada, se levantó de la cama como hechizada. Se arrastró hasta llegar, sí hijo mío, hasta llegar a la duma de Wad Hamid. La mujer me contó lo sucedido:

—Me quedé inmóvil bajo la duma. Apenas podía tenerme en pie. Llamé lo más fuerte que pude: ¡Wad Hamid! Vine buscando tu ayuda, en ti me refugio. Me echaré junto a tu tumba, bajo tu duma. O me matas o me revives porque no dejaré este lugar sino en uno de estos dos casos.

La mujer sigue con su cuento: Me encogí muerta de miedo y de pronto me invadió el sueño. Y entre dormida y despierta, escuché una voz que recitaba el Corán. Una luz penetrante como la hoja de un cuchillo comenzó a brillar hasta alcanzar las dos orillas. Vi la duma que se inclinaba en una plegaria. El corazón me latía de tal manera que pensé me saldría por la boca. Vi a un anciano venerable, de barba blanca y ropas deslumbrantes, que se me acercaba sonriendo. Me golpeó la cabeza con su rosario y me alejó diciendo: “Ponte de pie.” Te juro que me puse de pie, no sé cómo y me vine a casa. Llegué al amanecer y desperté a mi esposo, a mis hijos e hijas. Le dije a mi esposo: “enciende el fuego”. Y a mis hijas: “gritad de alegría”. El pueblo entero se nos vino encima. Y te juro que en adelante ya no tuve miedo ni me volví a enfermar.

Sí, hijo mío. Somos gente que no conoce los pasillos de los hospitales. En las cosas pequeñas como una mordedura de escorpión, fiebre, torceduras o fracturas, nos quedamos en casa hasta que nos curamos. En los casos graves vamos a la duma.

¿Te cuento la historia de Wad Hamid? ¿O quieres dormir? La gente de la ciudad se acuesta muy tarde, eso es lo que sé sobre ellos. Nosotros nos vamos a dormir cuando los pájaros callan y las moscas dejan de molestar al ganado, cuando las hojas de los árboles se aquietan, la gallina cierra sus alas sobre sus polluelos y la cabra se echa de costado para rumiar el forraje que acumuló durante el día. Nosotros y nuestros animales somos una misma cosa. Nos despertamos cuando ellos se despiertan y nos dormimos cuando ellos se duermen. Nuestros alientos se elevan en un mismo ritmo.

Mi padre me contó, y él a su vez lo escuchó de su padre, que en tiempos remotos Wad Hamid era esclavo de un hombre desalmado. Wad Hamid era un santo de Dios pero ocultaba sus creencias y no se atrevía a rezar en voz alta para que su dueño no lo matara. Cuando se cansó de vivir con ese café, invocó a Dios para que lo salvara y oyó una voz que le decía: "Extiende tu alfombrilla sobre el agua y donde ella se detenga, desciende." La alfombrilla lo dejó en el lugar en que ahora está la duma, que era un lugar desolado. El hombre se sentó allí solo, rezando todo el día. Al caer la noche, vino alguien con un plato de comida. Comió y siguió rezando hasta que despuntó la aurora. Eso fue antes de formarse el pueblo. Es como si esta aldea con su gente, sus norias y sus casas, hubieran brotado de la tierra. Miente quien te diga que conoce la fecha de su fundación. Otros pueblos nacieron pequeños y fueron creciendo. Pero éste nació de un solo golpe. El número de habitantes no aumenta ni disminuye. Su apariencia no cambia. Y desde que existe, existe la duma de Wad Hamid. Dicen que nadie recuerda cómo nació y creció. Tampoco nadie sabe cómo pudo crecer en esa tierra rocosa, tan elevada sobre la orilla, erguida como un centinela.

Cuando te llevé a visitarla, ¿recuerdas, hijo mío, la verja de hierro que tiene alrededor? ¿Recuerdas la placa de mármol sobre el pedestal de piedra en la cual está escrito: "La duma de Wad Hamid"? ¿Recuerdas la cúpula con la medialuna dorada sobre el mausoleo? Ésas son las únicas cosas nuevas que ha visto este pueblo desde que Dios lo creó. Y esa historia, te la contaré ahora.

Cuando mañana nos dejes, porque sin duda nos dejarás,

con la cara hinchada y los ojos inflamados, trata hijo mío, de no maldecirnos. Piensa bien de nosotros. Piensa en lo que te he contado esta noche y quizás descubras que tu visita no ha sido completamente en vano.

¿Recuerdas que hace unos años teníamos diputados y partidos y una batahola interminable? Los caminos nos traían, a veces, gente de la ciudad. La arrojaban ante nuestras puertas como las olas del mar arrojan hierbas extrañas. Ni uno solo se quedaba con nosotros más de una noche, pero nos traían noticias del gran alboroto de la capital. Un día nos contaron que el gobierno que había expulsado al colonialismo había sido remplazado por otro gobierno con más diputados y más desorden aún. Les preguntábamos: ¿quién lo cambió? Pero no recibíamos respuesta. A nosotros, desde que impedimos la construcción de la parada junto a la duma, nadie nos había molestado. Y pasaron los años sin enterarnos cómo era el gobierno, negro o blanco. Sus emisarios pasaban por el pueblo pero no se detenían en él. Nosotros dábamos gracias a Dios que nos evitaba la molestia de tener que recibirlos. Hasta hace cuatro años cuando un nuevo gobierno tomó el poder. Fue como si ese nuevo gobierno quisiera hacernos sentir su existencia. Un día despertamos y nos encontramos con un empleado de gran gorra y cabeza pequeña y con dos soldados. Estaban junto a la duma midiendo y haciendo cálculos. Les preguntamos qué pasaba y nos dijeron que el gobierno quería construir una parada para que el vapor se detuviera en nuestro pueblo. Bajo la duma. Les respondimos:

—Pero ya nos negamos antes; por qué piensan que la vamos a aceptar ahora.

Y nos dijeron:

—El gobierno que se quedó callado era un gobierno débil. Pero ahora la situación, ha cambiado.

Para no hacerla larga, los agarramos por el cuello, los lanzamos al río y nos marchamos a nuestras tareas. No había pasado una semana cuando vino un pelotón de soldados comandados por el empleado de cabeza pequeña y gorra grande y les ordenó:

Agarren a ése y a ése y a ése.

Agarraron a veinte hombres, a mí entre ellos, y nos metieron en la cárcel. Pasó un mes. Un día vinieron los mismos soldados que nos habían arrestado y nos abrieron las puertas. Les preguntamos qué pasaba. Nadie nos hablaba pero fuera de la cárcel había una gran multitud. En cuanto nos vieron, se pusieron a gritar y a dar vivas. Nos abrazaban personas con ropas limpias, con brillantes relojes de oro en las muñecas y olor a perfume en el cuello. Nos llevaron en una gran comitiva hasta donde estaba nuestra gente. Vimos una muchedumbre sin principio ni fin, coches parados y caballos y camellos. Nos dijimos: el escándalo de la ciudad acaba de alcanzarnos. Nos pusieron a los veinte en fila. La gente pasaba y nos estrechaba la mano; el primer ministro, el presidente del parlamento, el presidente del senado, el subdirector del departamento tal. Nos mirábamos unos a otros sin comprender lo que sucedía a nuestro alrededor. Sólo que los brazos se nos estaban acortando de tanto apretar la mano de presidentes y diputados. Luego nos llevaron en una gran procesión hasta la дума y el mausoleo. El primer ministro puso la piedra fundamental del monumento, de la cúpula y de la reja que viste. Y al igual que un tornado, que sopla unos instantes y enseguida se va, esa multitud desapareció tal como vino. No se quedaron ni una noche con nosotros. Creo que fue por las moscas. Ese año eran gordas, robustas, ventrudas y zumbaban y zumbaban como el año que vino el predicador.

Luego, uno de los extraños que nos arrojan los caminos me contó la historia de semejante alboroto:

La gente no estaba conforme con el gobierno porque había llegado al poder comprando diputados. Estaban a la espera de una oportunidad. La oposición buscaba la chispa con la que encender el fuego. Y cuando sucedió lo de la дума con ustedes y los arrestaron y los metieron en la cárcel, los periódicos publicaron la noticia. El presidente del gobierno que había renunciado pronunció un fogoso discurso en el parlamento, diciendo: "los abusos de este gobierno han llegado al punto de entrometerse en las creencias de la gente, en las cosas más sagradas para ellos". El orador adoptó un aire solemne y dijo con voz que temblaba de emoción: "Preguntadle al digno primer ministro sobre la дума de Wad Hamid; pre-

guntadle cómo se permitió enviar a sus soldados y secuaces para que mancillaran ese puro y sacrosanto lugar.” La gente puso el grito en el cielo. En todo el país los corazones se conmovieron ante el suceso de la дума como nunca antes lo habían hecho. Quizás la causa fuera que en cada pueblo de este país hay algún símbolo sagrado como la дума de Wad Hamid, que la gente ve en sus sueños. Y al cabo de un mes de tumultos y escándalos y sentimientos fervientes, cincuenta diputados se vieron obligados a retirarle su apoyo al gobierno pues sus distritos les previnieron que si no hacían público su repudio los desautorizarían. Y así cayó el gobierno y el anterior volvió al poder. El periódico más importante del país escribió: “La дума de Wad Hamid se ha convertido en el símbolo del despertar de un pueblo.”

Desde ese día no hemos sentido la presencia de ese nuevo gobierno. Desde ese día, ninguno de los grandes señores que nos visitaron ha vuelto a hacerlo. Y gracias a Dios. Nos ahorraron la molestia de tener que estrecharles las manos. Nuestra vida volvió a su antiguo curso, sin bomba de agua, sin proyecto agrícola, sin parada para el vapor. Pero nos quedó nuestra дума que, al amanecer, tiende su sombra sobre la orilla sur y, por las tardes, cobija los campos y las casas hasta alcanzar el cementerio.

El hombre dejó de hablar y me miró. En su cara había una sonrisa profunda que le aleteaba a los costados de la boca como la tenue luz de la lámpara.

—¿Y cuándo construirán la bomba de agua, el proyecto agrícola y la parada del vapor?

Se quedó un instante en silencio, luego respondió:

—Cuando la gente se duerma y ya no vea la дума en sus sueños.

—¿Y cuándo sucederá eso?

—Te dije que mi hijo está en la ciudad, estudiando en la escuela. Yo no lo envié. El se escapó. Se fue por su cuenta. Espero que se quede donde está y que no vuelva. Cuando el hijo de mi hijo salga de la escuela y abunden entre nosotros los jóvenes extranjeros de alma, quizás entonces construyamos la bomba y el proyecto. Quizás entonces el vapor se detenga en nuestro pueblo bajo la дума de Wad Hamid.

—¿Crees, le dije, que algún día cortarán la duma?

Me miró largamente, como si a través de sus ojos cansados y pálidos quisiera transmitirme lo que no podían expresar las palabras.

—No hay necesidad de cortar la duma. No es necesario destruir el monumento. Lo que se les pasó por alto a todas esas gentes es que el lugar es suficientemente amplio para albergar todas esas cosas: la duma, el monumento, la bomba de agua y la parada del vapor.

Se quedó en silencio unos instantes y me dirigió una mirada que despertó en mí un sentimiento de tristeza, tristeza por algo recóndito, imposible de definir.

—Tú, sin duda, partirás mañana. Y cuando llegues a destino, recuérdanos con bien y no seas demasiado duro al juzgarnos.

Traducción del árabe
ADRIANA SANGUINETTI